

MUNDOS BAJO PALABRA

Timoteo Carrillo

EL JUGADOR

*Después de haberlo calculado todo
se deciden por fin a jugar... y pierden
exactamente lo mismo que aquellos
que, como yo, simples mortales,
juegan al azar.*

Fiodor Dostoievski

Había salido el 32 y había vuelto a perder.

Tenía la impresión de que su suerte ya no cambiaría. La vida de un jugador no es fácil; sobre todo si uno cree que el azar es una especie de dios indulgente que siempre está de nuestro lado y que la derrota es sólo una forma pasajera de ponernos a prueba y de reafirmar nuestra fe incondicional en el juego.

Aquella época de despilfarro y grandes excesos, producto de gloriosas noches de dados y ruletas, se había terminado. Ya nada quedaba de esos tiempos en que salía de las salas de juego con la deliciosa compañía de mujeres embadurnadas de billetes y champaña para rematar la fiesta en algún que otro cabaret del centro.

Ahora, las mujeres se transfiguraban en sombras desconocidas y el recuerdo de aquellos amplios escotes y dóciles caderas hacía más evidente su soledad. Una soledad espesa como la noche de los muertos, agria como el vaso de vino blanco en el que ahora se había convertido su champaña.

El hombre ya no recordaba las diversas circunstancias que lo habían llevado a protagonizar esta triste escena en un bar mugriento, completamente solo, con la cara desencajada y rogando por favor un último trago gratis a las tres de la madrugada.

Apenas comenzó a amanecer llegó a su departamento y se encerró a oscuras con las ventanas bajas, como si el leve crepúsculo del nuevo día lo lastimara tibia y lentamente. Luego miró por última vez sus viejos muebles, embargados hacía meses, y dudó unos minutos antes de tomar el revólver. Le pareció otro juego más; quizás una especie de partida de póker contra él mismo.

Después de un instante que no duró más que su buena suerte, abrió bien la boca y bebió una bocanada de aire. Entonces llevó el frío caño hasta el abismo de su garganta y pulsó el gatillo.

Al día siguiente se levantó, como de costumbre, a las seis de la tarde. Se afeitó, se duchó y como en los viejos tiempos se puso el traje y eligió su mejor par de zapatos.

Apenas salió la luna ya estaba nuevamente en el casino apostando compulsivamente el poco dinero que le quedaba.

Esa noche volvió a salir el 32 y volvió a perder.

El hombre deambuló por las calles de la ciudad, añoró las mujeres y el champaña, y recayó en un sucio bar de barrio en donde suplicó un vaso de vino blanco a las tres de la madrugada.

Después llegó a su departamento, se refugió del sol del amanecer y llevó a cabo el ritual de todos los días: un sólo disparo en la garganta que lo condenaría a perder en todos los juegos, incluso en esa tramposa ruleta rusa que, esta vez con el tambor lleno de balas, le aseguraba la derrota eterna.

CUIDADOS

Era lo que más le gustaba hacer últimamente: dejarlo dormir entre sus brazos y adivinar el fantástico sueño en el rumor de sus muecas. Pensaba si su padre habría tenido esa costumbre cuando él era un bebé; lo pensaba a menudo y no lograba imaginarse a aquel hombre recio, de gestos austeros, acurrucándolo de pequeño como él lo hacía ahora mismo con su hijo.

Todos los días, cuando el hombre volvía de trabajar, se entregaba a una breve siesta junto a su primogénito. El pequeño, que había cumplido el año, estaba ya habituado a esa fiesta de juegos y cosquillas que su padre le regalaba a diario y empezaba a demandar más atención, alargando a su antojo el prólogo de aquellas siestas veraniegas. Esto no perturbaba la placentera rutina del padre que encontraba en aquellos ratos la forma más parecida de la felicidad. Sobre todo porque era uno de los pocos momentos en que podía controlar a su hijo e impedir que le ocurriera algo. El día que el pequeño se cayó de la cama por un descuido de su madre o aquella tarde en que tuvieron que ir urgente al hospital porque se había quemado al tocar una fuente demasiado caliente, habían cimentado en el padre una especie de obsesión preventiva que cumplía a rajatabla. En poco más de un año, el hombre había descubierto que criar un hijo demandaba un esfuerzo supremo por preservarlo de los peligros que lo acechaban a cada momento. Su mujer le recriminaba aquella excesiva preocupación pero él seguía insistiendo en que la casa era un lugar lleno de riesgos para un ser de doce meses que ya estaba ensayando sus primeros pasos. El hombre había dedicado tardes enteras a acondicionar cada parte del mobiliario que pudiera ser potencialmente peligrosa al alcance de su bebé. Decenas de tapas en los enchufes, cables fuera del alcance de los brazos del pequeño, esquineros de goma en las puntas de las mesas más bajas y otros recursos diseñados por él

mismo, habían terminado por quitarle el sueño al punto de que su paternidad había quedado reducida a una actividad casi policíaca. Algunos casos de muertes de bebés por accidentes domésticos que había visto en los informativos lo habían convencido de que cualquier lugar era un sitio inseguro para una criatura que empezaba a explorar el mundo desde los rincones de su propia casa.

Todas estas cosas lo inquietaban hasta obsesionarse y el miedo iba creciendo a medida que pasaban los días y el pequeño descubría nuevas posibilidades en sus movimientos y cada vez más claridad en sus asociaciones. Esto era lo que más preocupaba al padre: que su hijo, como cualquier bebé, comenzaba a probar sus capacidades frente a lo desconocido y cualquier cosa, por insignificante que fuera, podía transformarse en un peligro en sus manos cazadoras de novedades.

Ahora lo observaba darse vuelta entre las sábanas, jugando a perder su chupete para volver a encontrarlo debajo de la almohada. El verano se hacía sentir en la pequeña habitación, el calor sofocaba los cuerpos y dificultaba la tarea de hacerlo dormir; por momentos el hombre entraba en una somnolencia de paladar reseco pero no perdía de vista a su hijo que de vez en cuando le cruzaba alguna nueva sonrisa y le tiraba de su cadena de plata. El padre tuvo la idea de encender el ventilador pero recapacitó sobre los peligros de la corriente fresca en el pequeño pecho de su hijo. Además, ya lo estaba viendo cerrar los ojos y pensó que sólo era cuestión de aguardar el momento exacto para quedarse tranquilo y poder dormir también un poco él. La mano de la criatura dibujaba caricias en el cuello de su padre que sonreía lacónicamente, mientras pensaba que quizás le quedaría media hora de siesta y que por la tarde podría dedicarse a arreglar algunas partes de los zócalos que estaban demasiado filosas.

Por el haz de luz que dejaba entrar la puerta entornada, se filtraba de a ratos la sombra de su mujer que iba y venía tratando de hacer el menor ruido posible. El hombre sabía que era una gran madre, aunque había asumido desde hace

tiempo el rol condescendiente con su hijo, dejándole a él la cara de la severidad, encargado de poner los límites y llamar la atención sobre la conducta del bebé. Se preguntaba cómo podría influir en la relación con su hijo esta actitud, cómo la percibía el pequeño, si es que ya lo hacía, y qué sentía hacia su padre.

Pensaba en todas esas cosas mientras el sol que se colaba por las hendiduras de la persiana le guiaba el sueño hacia un territorio de absoluta levedad que parecía envolverlo lentamente. El hombre había entrado en ese puente que une los últimos jirones de la conciencia con el sueño próximo y sentía las manos de su hijo acariciándole el cuello. El pequeño no había logrado dormirse y ahora estiraba los inquietos dedos hasta la nariz de su padre, como intentando capturar esos sonidos profundos que entraban y salían a través de ligeros hilos de ráfagas tibias y cada vez más largas. Pero el hombre ya no respondía a aquel juego y, con los ojos cerrados, sólo buscaba un sueño breve. El niño no podía dormir sin el consuelo de su padre pero tampoco tenía ganas de llorar. De modo que tuvo que conformarse con jugar con la cadena de plata que por fin pudo enganchar en uno de los barrotes del respaldo de la cama. El padre soñaba ahora con un lugar árido y pesado que se iba extendiendo por todo el espaciotiempo de sus días. Soñaba tan placenteramente que se dio vuelta para acomodarse más cerca del lado fresco del colchón. La cadena de plata se tensó contra el barrote y el filamento del metal comenzó a estampar su huella en la garganta dormida. El hombre corría en sueños por una llanura imposible y pedaleaba en la tibieza de su cama como intentando huir del sueño a la vigilia, y viceversa. La cadena enganchada fue apretando cada vez más el cuello del padre, hasta que un espasmo le interceptó el sueño y un frío total mordió su cuerpo. Unos segundos después, el niño al fin logró dormirse. En paz, libre de cualquier peligro que pudiera perturbar su siesta.

EL VINO DE LOS DOLORES EXQUISITOS

Fueron cayendo uno a uno.

El primero en llegar fue un señor semicalvo, de mediana estatura y ojos de reptil (después nos enteramos que era un hombre mucho menor de lo que aparentaba a primera vista).

Luego vino un doctor de apellido Arce que no tenía la menor intención de permanecer más de unos minutos en el lugar.

Finalmente llegué yo, seguido del extraño sujeto de sombrero negro y sobretodo verde oliva.

Este hombre no parecía haber pasado los cincuenta años; la cola de una larga cabellera azabache le llegaba hasta la cintura y su mirada parecía perdida en un punto de fuga. Además, era el que nos había citado en ese bar de mala muerte, a las once de la noche y con un frío que nos taladraba los huesos.

Pedimos dos botellas de vino tres cuartos y un café para el doctor. En el lugar no quedaba nadie y bastó un gesto de nuestro anfitrión para que el mozo bajara las persianas, trabara la puerta de calle y se sentara junto a nosotros.

Arce quebró el silencio incómodo en el que los cinco estábamos sumidos:

-Preferiría que vayamos al grano –dijo, claramente inquieto ante la presencia del empleado en nuestra mesa.

–El muchacho es de confianza y además es parte imprescindible del plan – señaló el hombre del sombrero, con cierto tono de sanción.

A decir verdad, ninguno sabía a ciencia cierta cuál era “el plan”. Pero habíamos sido elegidos para estar allí por algún motivo, y eso hacía que cada uno se sintiera enigmáticamente importante frente al resto del grupo.

Montalbán –ese era el apellido del tipo que nos había citado– fue presentándonos uno por uno y explicó los pormenores de su idea sin eludir

detalle alguno. La empresa era algo descabellada pero muy precisa: primero eliminaríamos algunas personas, luego conseguiríamos el dinero para comprar las cosas necesarias y por último reorganizaríamos el pueblo.

Contrariamente a lo que se pueda pensar, Montalbán no aspiraba a hacer una revolución o ayudar a los más necesitados. No tenía nada que ver con algún tipo de fantasía romántica.

Por el contrario, el plan consistía en hacer de nuestro pequeño pueblo un lugar paradisíaco en el que el desenfreno y los vicios encontrarán un territorio fértil con licencia libertina. Un paraje que, con el paso del tiempo, se convertiría en el gran prostíbulo de la región y, por qué no, del país.

Montalbán había estado preparando aquel proyecto durante años y, realmente, no encontrábamos la forma de joderlo. A cada una de nuestras preguntas él se acomodaba con la eximia postura de un orador veterano y nos explicaba lenta y didácticamente cómo se llevarían a cabo las cosas.

—Miren bien este bar —exclamó en un momento de excitación—, porque donde ahora se levantan estas cuatro paredes decrepitas funcionará el casino, y en el segundo piso tendremos nuestra oficina de operaciones. Desde ahí controlaremos los burdeles, la venta de drogas y el resto de las casas de juego.

El sujeto con mirada de reptil había quedado notablemente entusiasmado con la propuesta. Nos miraba con aire de chico desenfrenado y su gesto delataba una perversa complicidad. Enseguida dijo que quería invertir el dinero que fuera necesario para nuestra empresa y que estaba dispuesto a poner todos sus contactos a nuestras disposición. Montalbán había elegido bien, y el tema del dinero ya estaba resuelto.

Como era de prever, Montalbán estaba al tanto de todas nuestras actividades y no se anduvo con vueltas a la hora de asignarme una tarea. En realidad, yo hacía muchos años que me había retirado del tráfico de blancas, pero ahora las

condiciones eran otras; íbamos a trabajar con total libertad y, además, el negocio parecía ser bastante ambicioso y redituable. De manera que no hice esperar mi respuesta.

Montalbán se puso de pie y abanicó sus ojos penetrantes sobre cada uno, como si quisiera descifrar los pensamientos en el eco de nuestras miradas. Luego llenó las copas y pidió un brindis por nuestra acertada decisión.

El doctor Arce no bebió. Estuvo unos minutos en silencio hasta que al fin se despachó a gusto:

–Ustedes me dan asco. De ninguna manera pienso formar parte de este plan de locos pervertidos, y jamás avalaría este tipo de barbaridades.

Montalbán hizo un gesto entre irónico y satisfecho y dijo:

–Creo que no ha entendido nada, doctor. Precisamente a usted no lo necesitamos. Esa es la razón por la que está acá.

El empleado del bar, que hasta ese momento estaba inmutable, sonrió sarcásticamente y entendió que había llegado el momento.

Entonces me di cuenta de que el mozo se encargaría del trabajo sucio.

EL CIELO EN OTRO LUGAR

La literatura es mentir bien la verdad

Juan Carlos Onetti

Más allá de la ventana, la postal de un atardecer de verano que se moría para siempre alentaba sus ganas de volver a intentarlo.

Marcos sentía el viento que entraba en ráfagas potentes y se dejaba llevar por esos fugaces latigazos de libertad. Un piso más abajo, el aullido de un perro provocaba al silencio. Muy lentas, las primeras luces que se encendían sobre la calle empezaban a desvestir la escenografía de aquella noche. Una noche que Marcos había estado esperando urgentemente.

Cuando su madre entró con la bolsa de las compras, él se apresuró a cerrar la caja que guardaba celosamente debajo del colchón y salió de su cuarto acusando una despreocupación exagerada para su temperamento de joven inquieto. No hacía demasiado tiempo que Marcos había empezado a ocultar el dinero con la única finalidad de que su madre no supiera a cuánto ascendían sus ahorros, producto de las regulares mensualidades y de algunos servicios de jardinería y pintura, generalmente muy mal remunerados por sus vecinos. A propósito de esto, Marcos solía pensar –y ahora mismo lo pensaba– que no había un sólo motivo para que la soltera de enfrente le pagara a él menos de la mitad que a cualquier jardinero profesional por cortar y desmalezar su jardín ya que su labor siempre era impecable. Sin embargo, la señorita Angélica (ese era el nombre de la que nunca se había casado) provocaba en los terribles quince años del chico una inconfesable y encantadora atracción. Por eso, y por algunos rumores del barrio sobre el misterioso oficio de la señorita Angélica, Marcos seguía yendo regularmente a su casa. Porque hay que decir que la curiosidad del muchacho era

también una de sus grandes virtudes. Había tenido durante mucho tiempo la equivocada idea de querer ser detective, seguramente motivada por sus frecuentes lecturas de novelas de suspenso. Sin embargo, de un tiempo a esta parte, había entendido que su concepto de aventura estaba lejos de la acción propiamente dicha y que su verdadera debilidad eran las historias, independientemente de que le ocurrieran a él o no. Barajar distintas probabilidades, desenredar las tramas que tenía a su alcance o imaginar finales sorpresas para sus invenciones nocturnas era lo que realmente le gustaba. Se podía decir que Marcos, con apenas quince años, era un escritor en potencia. Sólo le faltaba darse cuenta de ello, nada más, ni nada menos.

Esta noche, el chico estaba más inquieto de lo habitual y ahora iba y venía por toda la casa fingiendo colaborar en algunos quehaceres domésticos en los que nunca prestaba el menor interés. Era una manera de engañar su ansiedad, ya que hoy sí estaba decidido a regresar a aquel lugar.

–Voy a salir con los chicos– exclamó Marcos, mientras ayudó a su madre a acomodar algunos comestibles.

–No vuelvas tarde, acordate que mañana es sábado y que le prometiste a Angélica que irías a cortarle el pasto– dijo la mujer.

Nuevamente –ahora por las palabras de su madre– Marcos volvió a pensar en su vecina. Abstraído en esos pensamientos estuvo un buen rato.

Angélica se paró frente al espejo y miró con resignación aquel vestido que comprimía sus caderas y que evidenciaba más de lo que pretendía disimular. Maldijo con ganas el vestido, y luego sus caderas. En realidad, con cuarenta y pocos años la señorita Angélica no estaba nada mal pero cada vez que se reconocía en el espejo no podía más que lamentar las transformaciones de su cuerpo al que poco favorecía su llamativa vestimenta. Odiaba cómo le quedaban

aquellos accesorios de bisutería brillante y esos vestidos multicolores pero su trabajo le exigía aquel aspecto a diario y, además, no había nadie a su lado que fuera a notar estos pormenores. Sólo el eco del espejo le devolvía de vez en cuando algún nuevo detalle que revelaba el paso del tiempo.

Aunque la mujer se esforzaba, no era capaz de imaginarse al lado de un hombre, o mejor dicho, su mente no consentía que una solterona que ya había pasado los cuarenta pudiera interesarle a alguien. Por lo demás, sabía perfectamente que si había una cosa que no necesitaba a esta altura de su vida era una persona que fuera a tiranizar su libertad, bajo los pretextos de una vida en pareja. Hubo una época en que no le habían escaseado los seguidores pero el tiempo –y algunas de su generación– se habían hecho con aquellos pretendientes y la habían convertido en lo que era: una mujer adicta a la soledad, que ganaba algún dinero a costa de sus clientes y con un encanto agazapado detrás de un cuerpo acostumbrado a la pereza de los días.

Angélica daba vueltas sobre una idea que le venía quitando el sueño durante las últimas noches mientras se probaba nuevos vestidos que desde hacia mucho tiempo conservaba sin estrenar, como quien guarda el arma homicida en espera de esa oportunidad que nunca llega. Le gustaba verse diferente en el espejo; disfrutaba entregándole a su amante imaginario aquella lencería de seda fina que sentía tan exquisita al contacto con su piel y jugaba a interpretar mil poses que jamás habían conocido el otro lado del vidrio. Al show privado de faldas y pantalones ajustados que se regaló frente al espejo, le siguieron unos incontenibles deseos de despabilar a la mujer que habitaba en sus ficciones nocturnas, de sacudir el polvo de sus noches eternas y recuperar todo el tiempo perdido. De ser verdaderamente amada por alguien, al fin y al cabo.

—Antes de las dos estoy acá— dijo el chico y se despidió de su madre con un beso.

Marcos salió de su casa y al cruzar la calle reconoció detrás de la ventana de la casa de enfrente la silueta de su vecina Angélica. Le devolvió el saludo con una mueca que se le congeló más de lo corriente y la observó detrás del vidrio, amparada en esa seguridad que produce siempre ser espectador de la noche a través de una ventana.

Una hora más tarde, el chico apuraba una cerveza en el bar que estaba justo enfrente del descascarado edificio al cual volvía por tercera vez. Igual que el viernes pasado y que hacía quince días, el joven temblaba como un cachorro y tenía la piel entumecida por los nervios. La diferencia con sus intentos pasados era que esta vez sí estaba dispuesto a inaugurar su cuerpo en los misterios del sexo y que por nada del mundo volvería atrás como lo había hecho las semanas anteriores. Sobre todo, porque sus amigos habían debutado en ese mismo lugar y ya iba siendo hora de que él también pudiera presumir delante del grupo, relatando una y otra vez la experiencia que hasta el hartazgo ya había oído de sus compañeros. Por supuesto que los verdaderos deseos de estar con una mujer nada tenían que ver con la habitación sombría que lo esperaba enfrente. Una habitación que olía a desinfectante y a sahumerio dulce, tan grabado en sus sentidos desde aquel viernes que había estado a un paso de entrar pero que había desistido apenas le abrieron la puerta. Esta escena lo venía persiguiendo durante las últimas semanas (su solapada vocación literaria quizás le hacía retener los detalles mas de lo normal). Sin embargo, al fin estaba decidido. Marcos miró a través de la gran ventana del bar y descubrió que la noche se había hecho mas intensa. Contó el dinero que llevaba encima (el fruto de sus mensualidades) y barajó las ventajas de su inversión. Un cielo intruso relampagueaba a lo lejos y el chico pensó que si se largaba a llover, al otro día no podría ir a arreglar el jardín

de su vecina. Curiosamente, miró aquel horizonte estancado de nubarrones y murmuró dos veces su nombre, “Angélica, Angélica” dijo. Dudó entre salir del bar o pedirse otra cerveza. Tomó una decisión y su cabeza comenzó a fraguar escapismos.

Cinco minutos antes de las once, el chico llamó al portero del tercer piso. Una voz le contestó que subiera, que lo estaban esperando.

La misma señora voluminosa y avejentada que lo había atendido en sus visitas anteriores lo hizo pasar y luego de tomar el dinero le señaló una de las habitaciones.

Al rato, otra mujer —ésta mucho más joven y bonita, con gesto cruel y una boca expandida de rouge— comenzó a desvestirlo impasiblemente. Marcos fue acompañando los movimientos de la chica con reacciones mecánicas. De pronto se vio alelado acariciando unos senos pulposos, descubriendo el olor penetrante que estallaba de esa hembra, explorando torpemente cada porción de cuerpo que ella entregaba con cinematográfica lujuria. En seguida, la mujer lo llevó hasta la cama como si estuviera guiando a un ciego, lo acostó con algo de ternura y se le subió encima. La mujer comenzó a moverse con ritmo. Marcos la observó abanicarse con sus manos y sintió el calor espeso del cuarto que se sobrecargaba con los olores de sahumerios, la humedad que respiraban las paredes y el perfume empalagoso de ella.

—Hagámoslo a oscuras, por favor— dijo Marcos.

La mujer apagó la luz y terminó de hacer su trabajo.

“¡Y por qué no!”, se dijo Angélica. La minifalda negra le quedaba muy sexy y esa blusa ajustada insinuaba una digna madurez. Se terminó de retocar y puso todo su empeño en esta labor. Muchas noches se había entretenido con esta

especie de rito pero siempre con los nervios contenidos de quien juega a practicar un ensayo general, sin embargo ahora que estaba dispuesta a hacerlo sintió el efecto de su ansiedad en todo el cuerpo. La mujer se detuvo un momento a pensar en sus clientes; esos infelices que acudían a ella en busca del bálsamo mágico para sus problemas de trabajo, sus vidas amorosas o sus dudas existenciales. Se imaginó haciendo cualquier otra cosa y sintió nostalgia de su propio oficio. Por que al fin de cuentas estaba a gusto con su trabajo. Muchas de las personas que recurrían a ella realmente salían satisfechas y, a menudo, algunas de estas gentes y sus historias lograba mitigar sus propias miserias, debajo del más antiguo de los sentimientos: la compasión. Esa era la verdad sobre el misterioso trabajo de la señorita Angélica. Una más entre tantos buscadores de la vida, una especialista en escudriñar más allá de lo superficial a costa de la entrega de sus clientes. A la mujer le gustaba pensar que, a su modo, practicaba la confesión religiosa desprovista de culpa y penitencia, o su forma más pagana e intelectual que para muchos es el psicoanálisis.

Volvió a mirarse en el espejo y decidió soltarse el pelo. Sin dudas el efecto le quitaba algunos años y varias arrugas de encima. Se gustó. Entonces ultimó los detalles en su casa (velas, inciensos, música de ocasión...) y luego se quedó junto a la ventana, observando aquel cielo cargado que ocultaba estrellas extinguidas, confiando en su intuición de aquella noche.

Ya eran más de las doce cuando se largó el chaparrón. Marcos se encaminó por la desolada avenida en dirección a su casa, tratando de no perderse ningún techo que pudiera atenuar el efecto del agua, que ahora caía a borbotones. Era bastante difícil proteger el paquete que llevaba encima, sobre todo porque al tratar de resguardarlo de la incesante lluvia lo apretaba junto a su pecho y el papel de regalo con el que estaba envuelto se arrugaba cada vez más. Le importaba

poco esa trivialidad, Marcos sentía que había aprovechado ese día, algo muy raro en sus últimos estados de ánimo donde todo le venía pareciendo incierto y vacío. Esta noche por fin había logrado dejar de lado sus temores y creía haber escrito su propia historia sin la ayuda de terceros.

Al llegar a la puerta de su casa oyó algo que lo hizo volverse repentinamente hacia la calle de enfrente. El sonido de las gotas regando las cunetas ablandó la voz de Angélica que llegó a sus oídos como un rumor más de la lluvia y el viento.

Cruzó con más nervios que decisión y la vio parada delante de la puerta, invitándolo a entrar.

—Te estaba esperando— le dijo ella, con la sonrisa más tentadora que jamás hubiese ensayado frente al espejo.

El chico entró con el pulso acelerado y, ya en el living de la casa, alcanzó a leer en un pseudo diploma que colgaba de la pared la frase, impresa con letras fileteadas, “Clarividente, profesional del tarot y consultora sentimental”.

Ella comenzó a secarlo con una toalla de la forma más suave, sin pausa ni urgencia. Finalmente lo condujo a la habitación.

Angélica y Marcos resucitaron la noche minuciosamente, sin perderse detalle alguno; ahuyentando de a ratos el sonido de la lluvia con el combate de sus cuerpos y más de una palabra húmeda susurrada al oído del otro.

El chico ocultó hasta el fin de aquella larga madrugada el regalo que le había comprado a Angélica con el ingreso de sus mensualidades. Sin dudas había sido una excelente idea no haberse animado a debutar con la prostituta del edificio descascarado. Al fin de cuentas, más de dos horas en aquel bar le habían bastado para inventarse la gran historia de su primera vez que les contaría a sus amigos. Su primera historia escrita, bastante verosímil, sobre el debut en una habitación calurosa, llena de olores penetrantes y con una hermosa puta haciendo su trabajo a oscuras.

MIS MUERTES

Para comenzar, me gustaría referirme al día que morí por primera vez.

De esto hace ya quince años; fue exactamente un 10 de febrero. En efecto, ese fue el primer funeral de mi vida que me tocó protagonizar con extrema frialdad y con la cruda certeza de estar infinitamente muerto.

La pequeña ceremonia comenzó con el velatorio en un edificio cercano a mi casa, un lunes por la noche. La gente tiene por costumbre morirse los días hábiles, de manera que esa tarde había tres velatorios más en la misma casa de sepelios.

Era verdaderamente emocionante ver tanta gente llorando y alabando delante de algunos familiares mi perra vida, sin contar los desconocidos de los velorios contiguos que, de paso, se acercaban para husmear la ceremonia o averiguar cuál había sido la causa de mi muerte.

Por ese entonces yo gozaba de cierta popularidad. Hacía varios años que venía trabajando de columnista en un prestigioso periódico, razón por la cual me había ganado el aprecio de varios lectores, al igual que la aversión de algunos gobernantes y dirigentes políticos. También había publicado un par de libros de cuentos –bastante mediocres– que se estaban vendiendo bien. De manera que, sin querer pecar de vanidoso, debo decir que las personalidades más influyentes de la ciudad se habían dado cita ese día a la hora de despedirme.

La noche transcurrió con tranquilidad, alternada por algún que otro lloriqueo desesperado junto al cajón o situaciones algo insólitas, como ver a un amigo mío reprendiendo a su esposa por haber descuidado a su pequeño, quien había intentado subirse al ataúd para jugar con mis inertes miembros.

Alrededor de las diez me llevaron al cementerio. Sin dudas un funeral no le cambia la vida a nadie (mucho menos al que muere), pero seguramente

todos los que estaban aquel día en ese lugar no olvidarán jamás lo que ocurrió aquella tórrida mañana de verano en mi entierro.

El sol del mediodía empujaba sus rayos calientes sobre el camposanto, y el aire pesado y sofocante hacía del entierro un protocolo interminable. El llanto se mezclaba con el abombante calor del descampado y el dolor de mi muerte se convertía en fastidio de moscas zumbando, axilas sudorosas y gotas de transpiración.

Lánguida e irremediablemente bajaba el cajón buscando la húmeda tierra en donde descansaría para siempre mi cuerpo. Mis familiares contemplaban con gesto taciturno desde la boca del pozo mientras que el resto, un poco más atrás, seguía mansamente la ceremonia al tiempo que se escuchaban las palabras de un cura anciano y sordo que me despedía del mundo con católica resignación.

Nadie supo exactamente en qué momento se empezaron a escuchar los primeros golpes desde el cajón. Algunos miraron alrededor y los más fatigados ni siquiera se percataron del ruido. Pero cuando los golpes se hicieron más enérgicos y continuos, todos se alborotaron despavoridos y contemplaron con gran desconcierto como desde el interior del ataúd se sucedían movimientos frenéticos.

En medio de la histeria general, se logró levantar el cajón hasta la superficie y luego de desesperados esfuerzos del personal, y ante la expectante atención de todos, se pudo quitar la tapa y sacarme aún con vida.

Mis puños estaban ensangrentados de tanto golpear la madera y mi cabeza presentaba unos cortes en la frente, producto de los bruscos movimientos por intentar salir de ahí.

Al poco tiempo, y luego de una serie de estudios médicos, los doctores diagnosticaron que yo padecía catalepsia, que es un accidente nervioso repentino que suspende las sensaciones, inmovilizando todo el cuerpo. Así, se cree que una persona ha muerto cuando, en realidad, sólo se ha paralizado

temporalmente su corazón y en cualquier momento puede volver a funcionar. Desde entonces, me recetaron unos medicamentos para controlar esos ataques (lo que no garantizaba nada, ya que un cuadro cataléptico podía aparecer en cualquier momento y nadie sabía cuanto tiempo duraría).

A partir de estos hechos, mi vida se desarrolló con mucha tranquilidad; cada tanto iba a controlar mi fluctuante corazón y seguía todas las indicaciones de mis doctores. En cuanto a mi trabajo, debo decir que las cosas no me estaban yendo muy bien. En el diario me habían quitado las columnas con el pretexto de que debía evitar cualquier disgusto que afectara mi salud, aunque lo cierto era que mis comentarios empezaban a molestarle al director que, además, no era un hombre de mi agrado. Al mismo tiempo, mis dos últimos libros (que eran bastante decorosos) no habían tenido mucha aceptación en el público.

Creo que fue un domingo del mes de julio, mientras jugaba póker con unos amigos, cuando entré en estado de catalepsia por segunda vez. Los médicos aconsejaron esperar 48 horas para que me velaran, ya que si estaba muerto temporalmente, dos días era el tiempo apropiado para esperar mi “resurrección”. Pasado este lapso, y casi convencidos de mi muerte, decidieron velarme.

Esta vez mi vuelta a la vida fue en pleno velatorio y, si bien no fue tan espectacular como la anterior, provocó gritos de espanto en la gente que estaba allí. No me llamó demasiado la atención que hubieran ido pocas personas a despedirme, ya que últimamente yo había perdido algo de prestigio y también me había distanciado de algunos familiares y de un par de amigos. A decir verdad, los únicos amigos que habían ido eran mis compañeros de póker que, ya casi resignados, esperaban un milagro para cobrarse el dinero que les debía de mis últimas partidas. Esa noche no sólo no les pagué ni un centavo sino que además mandé al diablo a una amiga de mi madre que no paraba de abrazarme y besarme al grito de “¡Milagro, Dios! ¡Milagro!”.

Recuerdo que todo terminó en un gran escándalo y que un hombre demacrado, escuálido y de impecable traje negro (por alguna razón siempre hay uno de estos sujetos en las funerarias) tuvo que sacarme a la fuerza de mi propio velatorio, mientras yo, muy fastidiado, me las agarraba con cualquiera que se me cruzaba.

Desde ese día, mi vida se vino abajo bruscamente.

El director del diario poco a poco fue desacreditando mi labor y no tardó en concretar su deseo de verme de patitas en la calle. Este hecho coincidió con la repentina negativa de la editorial de seguir publicando mis libros. Tal vez pagué el precio de no haber sido más que un escritor de moda o, realmente, mis historias ya no le interesaban a nadie. De este modo, yo que siempre me había preocupado por el dinero exacto para vivir y no para hacerme rico, no tardé en quedarme en bancarrota, viviendo de la pensión de mi madre y con mi casa hipotecada por deudas de juego.

He pasado los últimos tres años en la ruina total, gastándome el poco dinero que conseguía en la ruleta y el hipódromo. He tenido dos mujeres a las que no amé y estoy por terminar uno de mis mejores cuentos que, seguramente, ya nadie va a leer.

Probablemente en mi último funeral haya habido algunas personas. Dudo que alguien fuera a cobrarme o que alguna amiga de mi madre se haya acercado a consolarla.

Afortunadamente han dejado una libreta y una lapicera en el bolsillo de mi camisa.

No sé cuánto tiempo hace que estoy acá, pero ya hace un par de horas que desistí de golpear el cajón.

REVANCHA

El hombre sacó un papel cuadriculado y escribió un par de palabras. Lo deslizó por debajo de la puerta y se alejó.

El oficinista Juan Flores entró a su departamento y levantó la vista con el alivio del tímido cuando al fin está solo. Dejó su portafolio en el mismo lugar de siempre, como si su cuerpo fuera un conjunto de movimientos involuntarios que aún no había recibido esa condenada noticia que eclipsaba su cerebro: “Flores, está despedido. Mañana pase a cobrar”, le habían comunicado esa tarde.

Juan Flores se sacó los zapatos, se dejó caer livianamente y el sillón se tragó ese metro sesenta.

Trató de reconstruir cada situación del día y no encontró ningún indicio que le demostrara que había hecho algo mal. “Doce años de lealtad y buen desempeño, ¿para qué?, ¿para terminar así?”, reflexionó. Pensó también en sus compañeros, “esos grandísimos lúmpenes” que vivían tomándole el pelo pero que siempre recurrían a él cuando las papas quemaban. “Ahora se les murió la gallina de los huevos de oro”, razonó con una resignada perversidad.

Flores se fue a duchar y estuvo un buen rato acomodando sus ideas hasta que el agua le hizo atemperar sus pensamientos. Entonces empezó a planear su venganza, una venganza deliciosa y tajante, que era también la única revancha que podía darle a su vida gris de oficinista sin aspiraciones.

Flores se vistió con sus mejores ropas, estrenó el perfume que guardaba desde hacía años y hasta se tomó unos whiskys para entrar en calor.

Alrededor de la medianoche cerró sus ventanas y salió de su casa con un aire voluptuoso y enérgico.

Esa noche deambuló por el centro y se metió en cuanto antro se le cruzó.

En un albergue de mala muerte lo tuvieron que sacar a empujones porque se había exhibido desnudo con una pelirroja por una de las ventanas que daba a la calle.

Estuvo dando vueltas durante horas; conoció mujeres cautivantes, se emborrachó con desconocidos y se hizo adicto a lujurias impensables. Sus ojos achispados recorrían las calles y bebían intensamente esos fragmentos nocturnos que siempre habían formado parte de otro mundo.

Juan Flores, el oficinista Juan Flores, se había ido para siempre y ahí estaba ese lunático febril enajenado con los placeres de la ciudad, como un diablo debutante.

La madrugada lo encontró bebiendo ginebra en un bar del puerto y consideró que había llegado la hora de liquidar su venganza.

Flores echó un vistazo felino a esos hombres escabrosos que estaban anclados a la barra y pensó que nada podía haber salido mejor. Entonces se fue acercando con paso marcial y desafiante. Cuando estuvo delante de los tipos rompió una botella contra el filo de la barra y escupió su sentencia de muerte:

—¿Hay alguna de éstas bestias que se anime a pelear con un hombre?

A primera hora del día siguiente a la señora de la limpieza le sorprendió no encontrar en el departamento al señor Flores que, como todas las mañanas, se preparaba para ir a trabajar. También le llamó la atención que pudiera haberse ido olvidando el portafolio en casa.

La mucama abrió las ventanas y comenzó la rutina diaria.

Barriendo los pisos encontró un papel cuadriculado debajo del felpudo que estaba al lado de la puerta de entrada. La mujer alzó el papel y, por alguna razón, se figuró un paredón de fusilamiento. La nota estaba dirigida al señor Flores y decía: *“Juancito: lo del despido fue una broma de los muchachos. Nos vemos mañana”*.

La mujer dejó el mensaje sobre la mesa y siguió barriendo el piso. Pensó cuándo llegaría el día en que los compañeros de Flores lo fueran a dejar tranquilo.

LA CERTEZA DEL SEPULTURERO

Dos, cuatro, seis, nueve...

Anselmo contó los pasos de la tumba hasta el caminito de piedras que, a esa hora del mediodía, se contorneaba fulgurante como una anguila enorme y furiosa.

Diez, doce, catorce, diecisiete...

Una delgada brisa del norte raspaba la barbilla del sepulturero y los rayos de un sol inflamante hacían palpar aquella piel rasgada por los años. El viejo miró el horizonte que, estancado de nubarrones, amagaba con precipitarse en un par de horas. Pensó que una buena lluvia no vendría nada mal para aliviar el calor y también su trabajo que, después de casi sesenta veranos en el cementerio, se le hacía cada vez más duro.

Dieciocho, veinticinco, veintiocho...

El chico seguía por el camino de piedras. Levantó un pasto fresco y lo empezó a chupar con fruición. Ahora que por fin había quedado rezagado del resto del grupo, desanudó el aire contenido en su garganta y se puso a llorar. Pensó que algún día a él también le iba a tocar desprenderse de esta vida y que su hijo estaría en ese lugar con la misma sensación de angustia, con el pecho comprimido como él lo tenía hora. Pensó que no iba a tener hijos.

“Anselmo, nos vamos”, oyó decir a su madre.

La mayoría de los parientes y amigos de su padre ya se habían ido y su madre, una mujer cuarentona de piel trigueña y cuerpo estrecho, lo esperaba en el auto.

Anselmo aceleró el paso y se secó las lágrimas. Calculó que él había tenido a su padre sólo los catorce años de su corta vida y que su madre había pasado más de veinte años con aquel hombre y que entonces ella debería estar más triste. Pero también reflexionó que la presencia de su padre a él le había

ocupado toda su vida y a su madre sólo la mitad de la suya. Se avergonzó por pensar de esa manera; imaginó que el amor no se podía cotizar por los intereses que le daban los años y que tanto él como su madre habían quedado huérfanos.

Treinta y cinco, treinta y siete, cuarenta...

La tormenta lo sorprendió arreglando el último de los canteros de una tumba que hacía años que ya nadie visitaba. Un viento rabioso enloquecía aquella lluvia copiosa que se ladeaba sobre el camposanto. De modo que el anciano juntó sus herramientas y se refugió debajo del techo de la bóveda de una familia de noble estirpe.

Las últimas personas que se habían quedado en el sepelio de vaya a saber quién, corrieron hacia la puerta del cementerio y se metieron en sus autos. Se fueron muy rápido. El viejo vio alejarse aquel rebaño de gente y sacó la petaca que llevaba en el bolsillo de su raído overol. Estuvo casi una hora bebiendo ron y esperando que la lluvia amainara, hasta que por fin aquel cielo de carbón empezó a despejar sus nubes.

El sepulturero escrutó el firmamento y le dio un beso largo a su petaca de ron. Una cascada impetuosa de alcohol raspó su garganta y sintió como si un puño le revolviere los intersticios de su esófago.

Cuarenta y cuatro, cincuenta, cincuenta y siete...

Anselmo decidió regresar a la tumba de su padre. Pensó que su madre lo podría esperar un poco más y le hizo una seña casi en el límite de sus fuerzas. Volvió por el mismo camino de piedras, sin mirar a las pocas personas que venían de frente.

Las flores que hacía un rato habían puesto sobre la sepultura, y que en su momento le habían transmitido una macabra impresión, ahora se le figuraron muy distintas, como un ramillete de lunas llenas custodiando las nobles ruinas del espíritu. Tenía ganas de tirarse y abrazar la tumba, y lo hubiese hecho de

no haber sido porque sabía que su madre lo estaba mirando; porque tenía la impresión de que ella sufría más por él que por el dolor de su propio corazón. Anselmo se arrodilló con la circunspecta postura de un cuerpo acostumbrado a los años y sintió que su padre asentía aquella digna muestra de madurez.

Al rato estaba en el auto de su madre con la certeza de que ella nunca aceptaría aquella decisión.

Sesenta, sesenta y uno, sesenta y cuatro...

Un hombre que pasó por casualidad le preguntó si se sentía bien y el anciano le respondió que no tenía nada, que sólo estaba descansando un rato. El tipo le guiñó un ojo como quien deja hacer una travesura a un chico.

El sepulturero se miró en el vidrio de la bóveda y la imagen le devolvió un rostro distante, detrás una barba que ocultaba sabiamente aquella máscara corroída por el abuso de los años.

Con más deseos de levantarse que fuerzas para hacerlo, el viejo se arrastró hasta el caminito de piedras y contó los pasos hasta la tumba. Entonces recordó el primer día que había pisado el cementerio. Tenía solo catorce años, una madre huérfana de marido y una promesa sobre la tumba de su padre que era el mayor orgullo que ahora se podía llevar de esta vida.

HÁBITOS DE AUSENCIA

Otra vez me levanto tarde y despabilo las ganas de tenerte.

Es extraño soltarse a escribir a esta hora; cuando el cuerpo recién se está acomodando a la ficticia incertidumbre de un día que se empeña en debutar sin mayores cambios. Y además todavía estoy bastante dormido como para intentar un par de líneas medianamente decentes. Entonces decido abrir un libro y ahí aparece el viejo poeta que sigue hablándole al fantasma de una mujer y que me libra de culpas.

Hoy está bastante nublado y, por lo que puedo ver, afuera todo sigue tranquilo, gris, como es habitual domingo tras domingo. Me sirvo un vaso de agua y acomodo mis cosas con minuciosa regularidad, casi con la misma rutina con la que el tiempo se ha encargado de ir destiñendo la vida de los que habitamos este lugar.

Doy vueltas y prendo unas velas. La cortina de humo que ahora envuelve una de tus fotos parece traducir exactamente la neblina que se precipita en mi cabeza cuando me decido a evocarte. Quizás una de las terribles angustias de la mente, y también su mayor atributo, sean precisamente esas imágenes que sólo podemos recordar difusamente pero que, al mismo tiempo, nunca desaparecerán del todo.

De manera que sigo repasando tu figura, no ya la de la foto sino la imagen maravillosa que guardo en el portarretratos de mi mente.

Las diez y veinte...

En un par de minutos van a llegar ellos y habrá que seguir edificando la fachada de esta vida con regular armonía, con agnóstica certidumbre.

Uno de los chicos abre la enorme puerta y empiezan a llegar.

Hago un rápido paneo visual; están todos de pie. Pienso que si te viera entre la gente dejaría todo esto para decirte que te quiero.

Pero no estás.

Entonces me limito a pedirles que se sienten y empiezo la rutina:
“Oremos todos juntos: Padre nuestro que estás en los cielos...”.

ROSAS EN UN MAR DE ESTIÉRCOL

Acababa de despachar a un cliente. Se estaba vistiendo y no pudo resistir volver a mirar la vieja foto. Últimamente, casi todas las noches se hacía un rato para contemplar el retrato que le había tomado a su bebé antes de entregarlo.

La mujer lloraba silenciosamente mientras trataba de imaginar los rasgos de hombre que tendría su hijo. A menudo se preguntaba cómo serían ahora sus brillantes ojitos verdes o si tendría la nariz filosa de ella o si conservaría aún el antojo de nacimiento, una pequeña mancha rosa en el pecho.

El barullo que venía del pasillo la sobresaltó, y su desgarrada alma de madre se ocultó una vez más tras ese devastado cuerpo de legendaria prostituta.

Golpearon la puerta y antes de que ella pudiera decir algo, un hombre entró a los tumbos y cayó bruscamente. Sus huesos finos casi pudieron escucharse en el piso de parqué. La mujer lo ayudó a incorporarse y la pálida luz del cuarto le reveló un rostro descarnado y terroso, perforado por unos ojos desencajados de borracho.

–Está bien, puedo solo –murmuró el hombre, al tiempo que empezó desvestirse dificultosamente.

Ella lo miró con ternura y exhaló compasión. En realidad, no sentía más lástima por ese desconocido que por ella misma; después de ese tipo vendrían otros borrachos, y luego otros y así todos los días de su pobre vida.

Por ese oficio que tenía la mujer de entregarse a su amante de turno y, al mismo tiempo, perderse en sus propios ostracismos, no precisó el momento en que lo tuvo encima.

Sus cuerpos chocaron improvisamente. El entró en la franja tibia de esa cintura femenina y sintió todo el vértigo de la borrachera. Ella recorrió minuciosamente su delgada anatomía y fue deslizando con dulce lentitud su

lengua húmeda y reptante. Poco a poco se fue abriendo al éxtasis de su interior y volvió a sentir aquella sensación ya casi olvidada.

El hombre sonrió de felicidad, disgregó su placer urgente y gritó con su aliento que destilaba alcohol. Ella no escuchó nada. Su cabeza descontrolada retrocedió en el tiempo a velocidades indescifrables, y sus ojos, más vívidos que nunca, no hicieron más que escrutar alucinantemente cada movimiento del desconocido.

Después de dejar una buena propina, el hombre se vistió desprolijamente y se fue tratando de no tropezar demasiado.

La mujer se echó en su cama. Lloró de amor y de asco y de repugnante felicidad.

Luego corrió hasta la ventana y vio perderse en los rigores de aquella madrugada a un hombre de ojos verdes, nariz filosa y un antojo rosa en el medio del pecho. El mismo hombre que algunas noches llegaba para usurpar el cuerpo de decenas de desconocidos.

DESVARÍOS Y EVOCACIONES

Sigo conversando con mi sombra.

La escena que me proyecta la ventana repite una y otra vez ese desfile constante de breves vidas urbanas que escarban en algún rincón de esta imperturbable noche vaya a saber qué cosa. A veces pienso que todas esas personas aprisionan un enigma secreto que sólo puede ser descifrado por las omniscientes calles de esta ciudad. Sin embargo, la sustancia con la que está hecho este mundo no encierra grandes artificios y nuestras vidas no son como las de los universos de la buena literatura, de manera que lo más probable sea que todas esas personas no posean grandes misterios.

Sigo conversando con mi sombra, busco imposibles evocaciones.

Qué se puede hacer cuando ya se ha pasado de las incontenibles ganas de tenerla a este otro estado en el que su recuerdo es un veneno dulce que la memoria devora con voluptuosa fruición.

No espero que nadie me compadezca, aunque todos los hombres tenemos la manía de buscar la piedad de los demás. Seguramente, para ocultar el espanto que nos provoca darnos cuenta de que la racionalidad es un fósil inservible en algunos territorios. Las mujeres son más inteligentes, ya que sólo acuden a la lógica cuando empiezan a desconfiar de los propósitos desviados de sus sentimientos.

Sigo conversando con mi sombra, busco imposibles evocaciones y despabilo viejos recuerdos.

Los recuerdos son terribles. La memoria misma es algo trágico: no tanto por el monopolio que presume sobre las imágenes de nuestra vida sino porque esos fragmentos de otros tiempos nunca mueren del todo. Eso es lo más espantoso; darnos cuenta de que el pasado está en algún lugar, acechando como un gato noctámbulo.

Yo mismo, sin ir más lejos, creía haberla olvidado hasta hace un tiempo y ahora puedo pasarme horas conversando con ella. Puedo tocarla si quiero (lo hago en este instante) y sentir su perfume y la tersura de sus manos, y su pelo azabache filtrándose entre mis dedos con la misma insolencia con que un mar de aguas nocturnas se apodera de la cálida arena tropical.

Me he propuesto dejar de evocar a los fantasmas que habitan el pasado y anestesiar aquellos viejos recuerdos.

Sí, estoy preparado para olvidarla.

Sólo que cuando lo intento, no sé por qué extraño desvarío, empiezo a hacerle preguntas a mi sombra.

DEL OTRO LADO

Yo podría estar del otro lado, estarán pensando. Pero así son las cosas. Al fin de cuentas, ustedes bien podrían estar trabajando en sus oficinas, haciendo el amor o paseando con sus parejas y sin embargo el destino (aborrezco esa palabra) ha dispuesto que ahora nos encontremos en estas líneas.

Mi nombre es Mauricio y todo lo que pueda decir de mí no haría más que hacernos perder tiempo, ya que lo que ahora me interesa es relatarles una pequeña historia. En todo caso, solo diré que soy escribano, tediosa e inservible profesión de la que en otra oportunidad podría contarles, pero que poco tiene que ver con lo que me ocurrió la madrugada del lunes pasado cuando regresaba a mi casa.

Sé perfectamente que los tiempos de ustedes son escasos, pero me veo en la obligación de hacer dos aclaraciones previas. Primero: no acostumbro a beber, no sufro alucinaciones y jamás he probado algún tipo de drogas. Segundo: en este momento me encuentro junto a las rejas de un enorme manicomio, y decenas de ojos patéticos y afiebrados me observan mientras escribo. Seguramente varios de esos locos también pensarán que este hombre escuálido y carilargo que escribe espasmódicamente sobre un pequeño bloc de hojas cuadriculadas debería estar con ellos, en el loquero. Esta idea me provoca pánico, aunque al mismo tiempo me tranquiliza el hecho de saber que estoy de este lado, en mi más perfecto y sano juicio.

Creo que ya dije que era un lunes a la madrugada. Bajo la imponente serenidad de un cielo de tinta china, caminaba con paso lento en dirección a mi casa, del otro lado del puente. El barrio en donde vivo está en la periferia de la ciudad, y vagar por allí a esas horas me produce una rara mezcla de poder abismal y siniestra mansedumbre.

Iba pensando en no sé qué cosa cuando me sobresaltó un alarido que provenía de la vereda de enfrente. Me volví maquinalmente hacia la dirección

de donde venía el ruido y al no percibir nada retomé mi andar con la impresión de haber oído un perro o alguna gata en celo. No se cuántos pasos hice hasta que volví a escuchar el chillido, ya con timbre humano, que parecía salir del interior de una abertura de vidrio.

Decidí cruzar. Tenía la piel helada y un espasmo de lagartija enferma.

Me acerqué prudentemente hacia la ventana, y con los ojos fijos fui desempañando el vidrio con nerviosos movimientos. Detrás del cristal, y sobre una mesa, había una pequeña de no más de cinco años con gesto de espanto que lloraba desesperadamente. La niña me vio y comenzó a gritar en señal de auxilio. Traté de calmarla del otro lado del cristal pero fue inútil; todo su cuerpo se quebraba en violentos movimientos. Miré hacia el interior del lugar y no había más que objetos polvorientos, sin ninguna señal que evidenciara cualquier otra presencia humana.

Consternado por el sufrimiento atroz de la niña y en un intento por socorrerla, tomé una piedra y rompí el vidrio. La alcé con cuidado, estaba helada como la carne muerta. Intenté tranquilizarla para que me dijera algo, pero la criatura no hacía otra cosa más que vaciar su dolor en quejosos llantos.

Después de contemplarla un rato en esa actitud decidí llevarla hasta un destacamento de Policía y explicar lo sucedido.

En este punto termina mi relato.

Tengo la certeza de que el lector de esta historia hubiera actuado como yo lo hice en esa situación, aunque debo confesar que me sentí impulsado a narrarles este hecho ya que un pavoroso estado de angustia me ha acompañado durante estos últimos días.

Por eso, cuando me siento mal, vengo hasta estas rejas que me separan de los locos y los observo durante horas. Veo como transitan por sus miserables vidas; recorriendo calles enfermas, atestando grises oficinas, paseando con sus familias y encerrando a pequeñas de cinco años en lúgubres y polvorientas casas de muñecas.

COMO UN GATO EXTRAVIADO

En esa galería onírica sólo estaba él escapando de la anciana desencarnada. Corrió lo más que pudo, atravesó pasajes insondables y pestilentes; todos los espacios, todos los tiempos. Al fin despertó.

Trató de atrapar algo más que ese último retazo de pesadilla que era lo único que, desde hacía días, podía retener.

—Tuvo otro mal sueño, ¿se siente bien? —preguntó la enfermera.

El hombre asintió con una mueca de compromiso y pidió un vaso de agua.

El lugar era chico y un silencio de domingo caminaba por los techos. El sol de la siesta que se colaba por la ventana dibujaba en la pared un cuadrado perfecto que se iría estirando al caer la tarde. Sobre la silla estaban sus ropas, que esparcían un aroma fresco, y algunos artículos de higiene. “Seguramente estuvo ella”, pensó mientras se fue acomodando para tomar su ración diaria de caldo de verduras.

La enfermera le acercó la comida y se fue sin pronunciar palabra. Era una mujer cincuentona y erguida, de piel tersa y mirada insolente.

Al verla irse, él contempló ese cuerpo carnoso y pensó que estaba muy bien conservada. Esta observación lo puso feliz. En las dos semanas que había estado allí su estado delicado no le había permitido prestarle atención, ni siquiera sabía su nombre. “Le tendré que preguntar”, reflexionó como si quisiera convencerse de que podía desviar sus turbados pensamientos de la operación que le irían a practicar al otro día.

Estuvo un buen rato pensando en la enfermera (aunque ya no como una mera jugarreta distractiva) hasta que llegó su hija.

Su compañía lo ponía realmente de buen ánimo y, además, era el único ser que lo impulsaba a seguir con algo de fuerzas. La joven tenía más de treinta

años, aunque proyectaba una frescura tan espontánea que cualquiera la podía tomar por una adolescente.

Estuvieron hasta entrada la noche charlando animadamente. Hablaron del futuro, de sus vidas y de la operación.

Cuando el hombre se quedó solo, justo en ese momento del día en que los silencios se vuelven insolentes, empezó a tener miedo. Pero no un miedo como el que venía sintiendo a medida que se acercaba el día de la operación. Era otra cosa: era un temor incierto y receloso; como el de un gato extraviado, como el de un dios primerizo.

La enfermera estuvo con él un buen rato. Le tomó la presión, le habló de su evolución y le confesó lo afortunado que era en poder contar con dos de las mejores eminencias para la intervención.

Alrededor de las dos de la mañana pudo al fin dormir. Volvió a ver la gran galería, los corredores hediondos y la inexorable parca, o mejor dicho, despertó recordando sólo esos últimos pasajes de su película soñada.

Al otro día, su hija estuvo con él desde temprano y lo ayudó a lavarse y vestirse. La enfermera lo acostó en la camilla y le dijo que estaría durante la operación para darle ánimo.

Lo sacaron de la habitación y lo llevaron a la sala de intervenciones con una celeridad metódica y rutinaria. Este lapso fue suficiente. Bastaron pocos segundos para que el hombre recordara.

Un profundo vistazo a los pasillos del sanatorio le alcanzó para reconocer sus galerías. Entonces, fueron apareciendo las escenas anteriores de sus pesadillas. Los pasajes, el hedor y la muerte eran sólo la culminación de un sueño en el que también había un cuarto chico, un par de ropas limpias y una enfermera sin nombre.

EXCESOS

Viernes: Todo es insolencia en su descontrolada cabeza de cincuentón enamorado. Lleva una polera negra que le tapa elegantemente esa odiosa papada y el perfume que se ha puesto no tiene nada que ver con su personalidad. Pero está feliz de ser otro.

Llega a la hora prevista y al rato aparece ella. Conversan sólo de cosas superfluas, incluso de los últimos años de sus vidas. Van desanudando los secretos de otros tiempos, se ríen, brindan y se mienten más que nunca.

La noche se les va metiendo en la piel y la veteranía de sus años es la mejor coartada para embarcarse sin preámbulos en una madrugada lista para ser batallada cuerpo a cuerpo.

La luz tenue de una lámpara proyecta sobre la pared de la habitación un desfile exótico de formas que los dos van tramando con minuciosa perfección. Ella controla el arte de avivar con caricias todas las variantes del fuego y él se siente capaz de repetir una y otra vez, renaciendo de sus cenizas inquietas.

Risas apasionadas, suspiros, poses increíbles se van multiplicando por horas y horas...

Sábado: El hombre no acude a la cita por miedo a intoxicar sus emociones.

El vértigo de aquella tarde le sugiere mil excusas para desentenderse del mundo. Camina por las avenidas, se para a mirar vidrieras y está de muy buen humor.

La noche lo sorprende en un bar de barrio tomando caña barata con desconocidos y alentando la rabia de vivir cada instante como si fuera el último. Borrachos de madrugada que se disputan una mujer que ni conocen, chicas que convierten los pudores ajenos en cantos de promiscuidad y algún que otro nuevo deseo van tramando una noche que, de tan fascinante, parece salida del sueño de algún ángel desterrado.

A un desconocido (mucho más grandote, mucho más borracho) lo ha provocado demasiado. La gente los rodea y empiezan los silbidos. El recibe golpes por todos lados; su cabeza cuelga como la de un títere y sus músculos se dilatan hasta el dolor. Resiste una seguidilla de piñas y patadas hasta que su oponente se cansa de pegarle.

Luego, el hombre entra al bar arrastrándose. Pide una botella de caña y escupe un nuevo desafío a otro borracho...

Domingo: El croupier vuelve a cantar: “¡Negro el 28!”, aunque a nuestro hombre eso no le importa. Un guiño cómplice acompaña las fichas para el croupier, que no está acostumbrado a recibir propinas tan altas. La bolilla gira una y otra vez y la historia se vuelve a repetir. Las apuestas son cada vez más altas, está dispuesto a dejarlo todo en la mesa si es necesario.

Más de cinco horas jugando a los mismos números, que esta noche parecieran no estar entre los treinta y seis de la ruleta. Sigue intentando con la primera docena pero no hay caso: 32, 24, 0, 29, 35, 17, canta el croupier, quien sigue recibiendo buena propina.

El hombre abandona la mesa y se va del casino. Esta noche ha perdido todo pero se siente contento y sale a la calle tarareando una vieja canción.

Nada tienen que ver las trivialidades del entorno con ese caníbal urbano que ha aprendido a desandar las madrugadas empapado de un instinto lujurioso.

Lunes: Está ansioso y se tiene mucha confianza. No hay razón para que ahora se nieguen a publicar sus historias; ha estado todo el fin de semana dándole vida a los nuevos cuentos y cree haber sumado la cuota de juego, sexo y violencia que le pidieron en la editorial.

Al rato, las palabras del editor resuenan en su cabeza como la descarga de una ametralladora en una iglesia: “Sus historias son bastante inverosímiles, no es lo que andamos buscando”.

El hombre sale de la editorial agobiado y sólo quiere que termine este día.

En otros rincones de la ciudad el lunes también molesta, aunque todavía persisten algunos restos del fin de semana. Un borracho cree recordar una pelea en algún bar de barrio, un croupier con oficio está satisfecho con el plus que sacó en propinas y ella no lo ha vuelto a ver desde aquella increíble madrugada del sábado.

SI ALGUIEN MUERE UNA NOCHE

Salió antes de medianoche con una cuarenta y cinco abultándole el bolsillo izquierdo de la campera de jeans. Sólo su sombra fatigada zigzagueaba los frentes ruinosos de las casas del barrio. Un barrio como tantos en la inmensa Capital, amarrado al vértice de una ciudad dividida, amputada en dos orillas de retratos invertidos.

Era la primera vez que Pablo salía a ejecutar un robo con el arma cargada; siempre la llevaba con él porque sabía que a esa hora, cruzando la autopista, era fácil encontrar algún adolescente incauto o parejas ocasionales capaz de dar todo lo que tuvieran encima para evitar problemas. Ahora había atravesado el puente y había dejado atrás un barrio vecino que, al igual que el suyo, daba la impresión de estar completamente vacío, sin más evidencia de vida que la que se intuía a través de los televisores que, desde el interior de las precarias viviendas, disparaban al corazón de la noche sus reflejos de azul eléctrico.

El joven se sabía meter por las calles de los barrios de clase media. Tenía claro que podía asustar con sólo apuntar su automática sin municiones a la desesperación de esa pobre gente que nunca oponía resistencia. Sin embargo esta noche Pablo había cargado un cartucho entero porque intuía que quizás podría necesitarlo por aquellos lugares. Estaba más ambicioso que nunca y había calculado que un buen atraco al primer desprevenido que se encontrara en plena zona norte podía significar un mes de reserva, sin tener que salir cada noche a robar. Porque a Pablo no le gustaba su oficio, y lo hubiese cambiado por cualquier trabajo decente si alguien se lo hubiese ofrecido. Pero ya nadie ofrecía trabajos decentes, mucho menos en su barrio, mucho menos si la decencia no alcanzaba para vivir en aquel territorio de sueños empantanados.

Pocas calles separaban a Pablo del hijo del juez, que casi a la misma hora salió de su casa eufórico, con el celular de última generación en mano y el

regalo que le había hecho su padre en la mochila. Llamó a dos de sus buenos amigos y quedaron en encontrarse en el centro. Se tomaría con ellos un par de tragos en algún pub de selecto ambiente y regresaría a su casa antes de las dos, porque le había prometido al Juez que mañana iría a darle la revancha al tenis. Seguramente lo dejaría ganar, pensó, porque estaría de resaca, porque le debía un gesto después del regalo y porque quería a su padre, sobre todas las cosas.

El chico había calculado que caminando tenía poco menos de media hora hasta el centro. Era invierno y la noche rumiaba un viento profundo. Su padre le había ofrecido las llaves del auto pero él quería caminar, esta noche tenía un instinto de aventura, una especie de estado interior veloz que sentía que podía domesticar mucho más con la prisa de su cuerpo que con la frialdad del volante del coche. Claro que para la mayoría de los habitantes del barrio que atravesaba ahora (mucho menos amurallado pero tan hostil como el suyo) nada tenía de aventura salir a caminar sus calles desoladas, cargadas de un silencio tan espeso que las volvía intransitables después de medianoche. Pero para él, la experiencia de entrar de cuerpo entero en un territorio que a menudo veía desde el otro lado de la Autopista o que acostumbraba a cruzar siempre dentro de un coche seguro con la impronta de una chapa oficial, era por lo menos un riesgo. Y era un riesgo que quería correr, porque no veía la hora de llegar al centro y avivar el cuerpo con un vaso de Jack Daniels, o dos o tres si sus amigos lo acompañaban.

Pablo empezó a tener frío al llegar a un nuevo barrio. Se resguardó bajo el toldo de una despensa y tocó el enrejado que protegía aquel negocio. Resopló una sonrisa cruel. Por primera vez tuvo la idea de que aquellas estructuras de protección eran puestas por la gente para protegerse de otra gente como él. Nunca lo había visto de esa manera. Se había acostumbrado, como todos, a convivir con una ciudad cada vez más irreconciliable entre sí, pero jamás se había puesto a reflexionar que él mismo, que su forma de ganarse la vida, era uno de los motivos de aquella situación. También solía sospechar otras causas

de aquel estado de cosas, pero no lograba precisar esas ideas, en parte, porque el discurso de la delincuencia tenía mucha prensa en ese cambalache de miserias que llamaban medios de comunicación. Pero aún así, aún escapándosele aquella visión integral del estado de cosas actuales, le costaba pensarse como un delincuente. Y no es que no midiera las consecuencias de lo que hacía, sino que creía –y esto sí lo pensaba a menudo– que salir a robar era un irrefutable manera de mantener el curso normal de las cosas. De cumplir con el destino que le había tocado, en definitiva. Pablo buscó un cigarrillo y encontró el paquete vacío. Puteó su mala suerte y se puso a jugar con el encendedor, friccionando la piedra del mechero contra la pared de la despensa. Apagó de repente los chispazos cuando oyó los pasos de alguien que acababa de cruzar la calle a unos treinta metros, en dirección a donde él estaba. Miró la hora y se dijo que hoy no iba a ir mucho más allá, tenía las manos entumecidas y unas tremendas ganas de fumar. La noche ya estaba perdida y probablemente a esa hora iba a encontrar muy poca gente en el camino de regreso, de modo que evaluó rápidamente las posibilidades de irse a su casa temprano con lo poco que le pudiera sacar a ese infeliz. Escudriñó a medias al chico que se aproximaba y pensó que hasta podía ser que tuviera suerte. Iba muy bien vestido, sabía que esa campera de cuero la podría vender por unos cuantos billetes y, además, algo de dinero tendría que llevar encima. Palpó la 45 y recordó que estaba cargada, “como si no lo estuviera” pensó con franca ironía.

El hijo del Juez venía adivinando la sombra de alguien debajo del techo de la despensa pero advirtió que ya no podía cruzar, que empeoraría las cosas cualquier movimiento en falso. Un farol de luz se sacudió intermitente a mitad de la calle, las ramas de los árboles arquearon con furia sus esqueletos y algunos perros lanzaron al viento sus ladridos de alma en pena. El tiempo pareció congelarse en esa escena.

Unos pocos segundos antes de que la sombra del atracador proyectara la presencia del arma, el hijo del Juez abrió la mochila y sacó el regalo de su padre. Una semiautomática *Ruger* de doble acción que disparó apenas tuvo a dos metros el cuerpo entero de Pablo. Un Pablo confuso, aterrorizado, que por falta de costumbre no acertó a gatillar primero.

LIBERACIÓN

En este lugar hermético, el aire tiene una solidez glacial. Casi podría decir que no sé dónde termina el frío y dónde empiezo yo. Además he perdido cualquier noción del tiempo que pueda ayudarme a clarificar mis ideas. Sólo escucho algunas voces que vienen de afuera, o más bien tengo la impresión de que el lugar de donde nacen esos murmullos es del otro lado, porque acá estoy completamente solo y esa es la única certeza de la que puedo dar cuenta.

Desconozco por completo quiénes y cuántos son los que en este momento están aguardando mi libertad, porque en todo este tiempo –días, quizás meses– mi mente es una incubadora que aprisiona fragmentos residuales de otros tiempos y esto es lo que me está volviendo loco. El cuerpo puede soportar el dolor que flagela sus músculos, punza la profundidad de sus huesos o entumece la sangre y, a pesar de todo, seguir siendo un cuerpo. La mente, en cambio, es terriblemente más vulnerable a los vaivenes psíquicos y jamás vuelve a ser la misma aunque en su interior sobreviva un vestigio de ser humano.

Ahora, las voces que vienen de afuera han comenzado a disiparse y estoy seguro de que ha llegado el momento. Creo saber que falta poco para respirar un aire nuevo y encontrarme con los que hace tiempo que no veo y, lo que es más reconfortante, dejar este sitio infecto y pestilente que apenas me permite oxigenar los pulmones.

En este momento, la oscuridad se torna indefinible por exceso de espesura. El calor promete llegar a un punto de hervor asfixiante y, cuando parece que mi cuerpo ya no resiste la presión de su sangre, una abertura deja entrar un ramalazo de frescura que pulsa mis sentidos y me despabila de este tormento.

Lo he conseguido. Estoy afuera.

Siento un estado de gravidez similar al epílogo de una fantástica borrachera pero sin resaca, como si mi mente se extendiera ilimitadamente por esta nueva atmósfera.

Finalmente, me alejo gradualmente del lugar en que estaba preso.

Debo confesar que miro ese lugar con cierta melancolía y veo que algunos todavía siguen allí; llorando un armazón hediondo y acabado.

Un cuerpo inerte, que ya no me pertenece.

FINAL ORDINARIO PARA UNA DESIDIA MÁS

Su madre se lo había dicho hasta el hartazgo: "el novio no debe ver el vestido hasta el momento de la boda". A Elena le fastidiaban estas supersticiones, pensaba que no encontrarse con él antes de ir a la Iglesia era, a esta altura, un detalle.

–Le dije que no sea impaciente, que faltan sólo tres horas para que te vea... ¿hice mal Elena?

–No mamá, hiciste bien. Ya vamos a tener tiempo de estar juntos, ¿no te parece?

Cincuenta años en este mundo y más de veinte junto a Elena hacían que la mujer conociera cada detalle de su hija. Bastaba un ligero choque de miradas para encontrar el punto exacto en donde anclaban sus pensamientos. Sin embargo, hoy sus ojos parecían retirados del mundo.

–Te pasa algo, a mí no me engañas – dijo la madre.

–Estoy bien, un poco ansiosa nomás.

–Ojalá sea solamente eso. Voy a ver como van los arreglos en la Iglesia. ¿Te puedo dejar un rato sola?

Elena gesticuló una sonrisa de plástico y su madre se fue tarareando la marcha nupcial, estirando un estribillo de pena que logró sostener hasta tomar más aire y reducirlo a un silbido torpe y desafinado. La novia se quedó sola, interrogando a esa mujer que del otro lado del espejo se escondía debajo del vestido blanco.

En cualquier otra habitación, él se acomodaba el traje. Marrón, limpísimo, planchado hasta el detalle; ese armazón estándar del gusto occidental le sentaba como hecho a medidas en su cuerpo flaco y altanero. No era casualidad, ni una forma barata de la nostalgia: volvía a lucir el mismo traje impecable que había estrenado aquella noche, cuando le dijo a Elena que era la mujer de su vida. La imaginó ahora hermosa, retocando el vestido de novia

con una preocupación ficticia y seguramente exagerando poses de ocasión frente al espejo. La conocía muy bien, tanto como para saber que en el umbral de sus convicciones, en ese rinconcito insurgente de sus pensamientos, todavía quedaba la posibilidad de la duda. No había tiempo que perder, pensó, todo era posible tratándose de la misma mujer que tantas veces le había dicho que lo quería y que lo odiaba con la misma extravagante pasión. Él también dudaba, qué diablos, pero se observó en el espejo y le arrebató a su propia imagen un guiño, una bendición que lo llenó de optimismo. Salió inmediatamente, para estar a tiempo en la iglesia.

“Elena, Elenita, hija mía, estás preciosa”. La madre daba vueltas alrededor del cuarto y retocaba el peinado de la novia, expandiendo los bucles y volviéndolos a ensortijar hasta su posición anterior. Repetía aquel juego para tranquilizarse, para justificar el tiempo de la espera y cumplir con el protocolo.

–Le dije al chofer que se espere unos quince minutos, no podemos llegar antes que el novio.

–Podemos ir saliendo, y vamos despacio. No aguanto este encierro– Elena musitó esto último, como para no alterar los nervios controlados de su madre.

Camino a la iglesia, la novia articuló a su antojo escenas de su pasado amoroso; proyectó las imágenes de los hombres que había conocido hasta que él le pidió el casamiento y se detuvo en algunos de ellos con una esmerada precisión. Al cabo de un rato, la noche fue ganándole terreno a su última tarde de soltera, y Elena se descubrió bajando del coche, escoltada por su madre que levantaba la cola del vestido teatralmente para hacer más vistosa la entrada al templo.

Él escuchó el murmullo que venía de la puerta y se dio vuelta para ver entrar a la novia. Todos se pusieron de pié y empezaron a cabecear como títeres sorprendidos.

Los primeros acordes de la marcha nupcial sonaron justo a tiempo para marcar el camino hacia el altar y la novia se vio saludando a la gente, mecánica, condescendentemente.

A unos pocos metros de la grada en la que la esperaba el novio, sus suegros y el cura, Elena sintió que una mano le rozaba el hombro. Giró para saludar y lo vio a él, luciendo el mismo traje marrón con el que hacía unos minutos lo había evocado en sus recuerdos. Él le dedicó un gesto mordaz y ella siguió avanzando hasta su futuro marido, con una sonrisa lasciva que estrenaba para siempre en el altar de otro final incierto.

RATTUS

Los científicos han descubierto que cierto parásito, Toxoplasma Gondii, produce en las ratas la pérdida de su típico comportamiento temeroso y las lleva a ser hiperactivas. T. Gondii son microorganismos que tienen a menudo ciclos de vida muy complejos que les permiten ir de un hospedero a otro. Las ratas son hospederos intermediarios o de paso. Las personas también pueden ser infectadas por este parásito” (Extracto de un informe de La Asociación Americana de Microbiología sobre “parásitos inductores del suicidio en las ratas

Se propuso leerlo por última vez y olvidarse del tema: “En caso de una explosión nuclear, los únicos seres que se salvarían serían las ratas. Habremos muerto todos, y las ratas nos sobrevivirían...” Las ratas, pensó, la misma especie de ratas que ilustraba ese artículo que Javier había recortado del National Geographic hacía más de un año, y que aún destacaba entre aquel collage algo desagradable de recortes que coleccionaba en la habitación que compartían. Eliseo no entendía cómo a Javier le podían interesar esas cosas. Había hablado con él infinidad de veces sobre el tema y su compañero de habitación le respondía siempre lo mismo: “interés científico, sólo pasatiempo de un estudioso amateur”. Quería decir que era su hobby, así como el de Eliseo era pasarse todo el día tumbado en el sofá, aburriéndose hasta altas horas con la televisión.

Los jóvenes cursaban tercero de medicina cuando un anuncio buscando estudiantes para alquilar un cuarto los reunió en la pensión. Desde entonces compartían una habitación pequeña, una especie de boardilla económica que les servía para descansar, como lugar de estudio, pero no mucho más. No

solían estar demasiado tiempo en la pensión, ambos salían temprano y comían fuera, en ocasiones en el bufete de la facultad, y generalmente regresaban a medianoche. A veces se juntaban por las tardes, tomaban unos mates, Eliseo veía la tele y Javier revisaba algún artículo de microbiología o algo por el estilo. Y se volvían a marchar.

Justamente la misma tarde en que Eliseo curioseaba entre los artículos del National Geographic, llegó Javier, más temprano que de costumbre, con la noticia de que había encontrado una vivienda para alquilar:

–Es una casa bastante antigua, nos la dejan regalada, cien entre los dos, casi como en la pensión.

Eliseo ya estaba harto de tener que pasarse todo el día comiendo fuera, en casa de algunos compañeros de facultad y, sobre todo, de no tener suficiente espacio de privacidad en aquellos diez metros cuadrados de boardilla que empezaba a odiar. Su respuesta no se hizo esperar:

–Vamos a verla. Y nos mudamos cuanto antes.

Al cabo de una hora –colectivo y conexiones de subte mediante– los dos compañeros llegaron a una casa imponente, maltratada por los cuatro costados y con un remoto parecido a lo que cualquier persona en su sano juicio hubiera calificado como vivienda. Era una ex casa que se notaba que en su buena época había destacado por las dimensiones, el estilo colonial y quizás hasta por la ubicación. Ahora sobrevivía en un barrio postergado por la falta de conexión con el casco urbano y totalmente devaluado a juzgar por la notoria dejadez que ilustraban las construcciones aledañas. El dueño, que parecía ser la prolongación humana de esa casa ruinoso, los hizo pasar y les fue mostrando el interior, tratando de alardear sobre las dimensiones de los ambientes y su comodidad, seguramente como una mera estrategia de obviar la falta de luz y las dudosas condiciones de las instalaciones eléctricas y las tuberías comidas por el oxido del tiempo. Eliseo habló aparte con Javier sobre

la posibilidad de una rebaja, pero el dueño había dejado aclarado este punto en la primera entrevista con Javier.

–Vamos a estar más cómodos, y de a poco la podemos ir arreglando– sostuvo Javier.

Eliseo hizo un esfuerzo por habituarse a la idea de pasar los próximos años en aquella pocilga de grandes dimensiones y aceptó la proposición de su compañero, confiando en que al fin de cuentas era una etapa pasajera, y que en dos años terminaría la carrera y se podría independizar de Javier.

Liquidaron el alquiler en poco tiempo. El dueño pidió dos meses de adelanto y entregó las llaves a Javier en un acto que refrendó con una hoja desanillada que pretendía ser un contrato, un resguardo o cualquier cosa que pudiera garantizar las responsabilidades de ambas partes. Se mudaron a la mañana siguiente.

Los primeros días en la nueva casa, estuvieron acondicionando las habitaciones, lo cual no fue un esfuerzo menor. El ambiente central era un comedor que servía de núcleo para disponer el resto de las dependencias. Hacia el ala sur de la casa, del lado de la entrada, estaban ubicadas dos habitaciones y la cocina, (separadas por un pasillo funcional que servía de entrada y para dividir los cuartos de la cocina) mientras que en la parte norte del caserón se repartían el baño y las otras dos habitaciones, enfrentadas una con otra. Curiosamente, el tamaño de los ambientes no era directamente proporcional a la ventilación y luminosidad que se podía esperar. La abertura más grande, la del comedor central, había sido construida de cara al oeste, y ganaba para sí apenas el resplandor débil y anaranjado de los atardeceres pero durante el resto del día la luz natural era escasísima. Del resto de las dependencias, sólo las dos habitaciones de la entrada contaban con pequeñas ventanas, y cada uno de los chicos se quedó con una de ellas para usarla de dormitorio, dejando las otras del extremo norte como lugar de estudio, privado y personal. Así lo acordaron desde el primer día.

Eliseo se sentía a gusto en la nueva casa, pasaba más tiempo estudiando en su nueva habitación, mientras que Javier había trasladado sus libros de la carrera y toda su literatura sobre roedores a su cuarto privado. La facultad les consumía la mayor parte de la jornada, pero todos los días acordaban una hora para la cena y comentaban los pormenores de sus estudios.

Una noche del primer mes en la casa, Eliseo leía unos apuntes y trataba de memorizar algunas fórmulas químicas, cuando oyó unos ruidos que parecían venir de la cocina. Recorrió el pasillo y llegó hasta el lugar dónde creía haber escuchado algo. No alcanzó a percibir con claridad aquel sonido pero pudo comprobar que venía del techo, eran unos golpecitos secos y apagados, algo parecido al repiquetear de una pelota de cuero cuando ya ha dado sus últimos rebotes. Pensó que podía ser un gato, o algún desprendimiento de cal del entretecho. Sin embargo ahora que había avanzado hacia el lugar exacto en que creía haber oído los primeros golpeteos percibió que aquel ruido avanzaba, daba vueltas por los esquineros del cielorraso y volvía a aparecer en el lado opuesto, y con una instantaneidad que evidenciaba la presencia de otros gatos, otros desprendimiento de yeso, o lo que fuera ese ruido. Aquellos sonidos desaparecieron en seguida y Eliseo se fue a dormir pensando en ello, alerta, y no supo bien si volvió a escuchar más sonidos en su cuarto, antes de dormirse, o si su pequeña obsesión le jugó una mala pasada en ese lapso impreciso en que la vigilia compite con el primer sueño y lo confunde todo. Al día siguiente lo comentó con Javier, mientras desayunaban. Un poco dormido Eliseo:

– Escuché unos ruidos anoche, justo aquí arriba, y más allá también...

– Sí, yo hace noches que vengo escuchando algo— respondió Javier, mojando la tostada en el café con leche, esmeradamente— seguro que son ratas, suelen hacer sus nidos en las paredes de este tipo de edificaciones viejas...

Eliseo expulsó el resto de modorra que aún cargaba en el cuerpo y miró sorprendido a su compañero. Lo observó embucharse una gran tostada mojada, y luego otra aún más grande que se alargaba como uno de los relojes blandos de Dalí sobre la taza de café con leche. Tuvo unas ganas incontenibles de golpearlo, de decirle que era un mentiroso y que seguramente sabía lo de las ratas antes de mudarse a la casa y que no lo había prevenido. No le dijo nada de eso. Le disparó una ironía:

– Bueno, estarás contento, ahora tendrás material de estudio de primera mano...

Javier asintió con la cabeza, abrió las manos y arqueó las cejas con expresión de “esto es lo que hay”. Un poco incómodo dijo en tono de broma:

– ¿Sabés qué?, si esta casa se viniera abajo...

– Sólo sobrevivirían las ratas, igual que si hubiera una explosión nuclear– respondió tajante Eliseo. Y se levantó de la silla tirando con asco la servilleta sobre el centro de la mesa. Se fue a la facultad y esa noche regresó muy tarde, para no encontrarse con su compañero.

Los días que siguieron, a Javier no le llamó la atención ver que su compañero, además de dirigirle la palabra en cuentagotas, anduviera de aquí para allá, esquivando su presencia y buscando cada rincón de la casa en el que pudiera estar solo. Sabía que Eliseo estaba resentido y procuró congraciarse cocinando a diario y haciéndose cargo de la mayor parte de la limpieza. Eliseo la estaba pasando mal, no había vuelto a sacar el tema de las ratas pero pensaba a diario en ellas, fundamentalmente, porque de un tiempo a esta parte los ruidos se habían hecho más intensos, desagradables y próximos. A veces se quedaba varios minutos pegado a la pared intentando precisar el momento exacto en que aparecían los sonidos de los roedores, tratando de seguir el hilo de sus movimientos animales. Había tenido la esperanza de que no fueran más que una o dos ratas las que estuvieran viviendo en la casa, pero pronto fue descubriendo que eran muchas, quizás demasiadas. Llegó a calcular que tal vez

una decena, o una veintena de asquerosas alimañas hacían su vida, iban y venían presurosas, seguramente construyendo más madrigueras dentro de las paredes y los techos, incluso en los recovecos del propio suelo. Lo más terrible era cuando, antes de dormirse, las escuchaba corretear por encima de su habitación. Como si intuyeran que del otro lado de sus pasajes subterráneos también había llegado la noche y se sintieran más poderosas, más dueñas de toda la oscuridad.

Las tres o cuatro noches que Eliseo pasó durmiendo de a ratos, persiguiendo con su imaginación las huellas de esos sonidos llenos de vida animal, se animó a planear la muerte de los roedores. Ideó una caza sistemática y masiva que empezaría a ejecutar el primer día que Javier estuviera fuera de casa. Para aquel proyecto logró robarle a su compañero algunos libros y varios recortes sobre el mundo de las ratas. Quería conocer sus puntos débiles, saber dónde asestar el golpe letal que las exterminara una por una, para siempre. Y se puso manos a la obra una tarde en la que estaba seguro de que su compañero regresaría bien entrada la noche y contando con todo lo que necesitaba para comenzar el exterminio. Había conseguido en el laboratorio de la facultad unas sustancias anticoagulante que utilizaría como carnada, dispuesta en lugares estratégicos del techo y algunos boquetes de posible conexión con el interior de las paredes y el entresuelo. Sabía que, en dosis múltiples durante varios días, aquellas carnadas provocarían en los organismos de las ratas hemorragias fatales, por falta de coagulación de su sangre. Lo había leído detenidamente y había calculado que en poco más de una semana podía acabar con todos los roedores empleando este método.

Comenzó colocando las carnadas en los quiebres de las tejas del techo, procurando concentrarse en las posibles vías de entrada y salida. Aquello le llevó varias horas. Terminó agotado pero con una sensación balsámica que logró descifrar como el comienzo de una venganza justa y placentera.

La noche de ese mismo día, Eliseo reanudó las buenas formas con su compañero y hasta bromeó sobre la presencia de los animales. Por supuesto que se cuidó de comentar cualquier referencia al plan que había puesto en marcha. A Javier le sorprendió aquel cambio de predisposición tan radical en su amigo, sobre todo porque, además, notaba una rara actitud en Eliseo que esa noche parecía estar más enérgico que de costumbre, hablando con monotemática verborrea sobre las ratas y llevándolo de un lado a otro de la casa para enseñarle rincones, zócalos, paredes por donde últimamente había notado la presencia de roedores. Javier lo seguía obedientemente y Eliseo se excitaba y reía con una mueca soberana cuando lograban escuchar algo que pudiera predecir cualquier manifestación del otro lado de las paredes. Fue esa una noche de enorme expectación para Eliseo. Permaneció en silencio en su cama regodeándose, con el oído atento al correteo de los pequeños monstruos, escuchándolos articular sus cortas y peludas patas en carreras diligentes y presurosas. Por momentos los sonidos tropezaban con un recodo y entonces él imaginaba a las ratas sorteando obstáculos, seguramente arqueando sus lomos infames por entre las vigas de los esquineros, para salir airoso y continuar la carrera, quizás hacia la carnada mortal que las esperaba a pocos metros.

Al día siguiente, Eliseo faltó a la facultad para poder comprobar los resultados de su ambicioso proyecto. Se subió al techo pertrechado de dos guantes elásticos por si tenía que manipular algún cadáver animal, pero halló que los cebos puestos el día anterior habían desaparecido. Una primera sospecha lo llevó a imaginar que quizás algún ave se hubiera apoderado de aquellas carnadas pero rápidamente auscultó el interior de la pequeña canaleta por donde había puesto el veneno y vio que unos restos desgranados marcaban el camino hacia el interior. Las ratas se habían llevado la comida hasta sus madrigueras, seguramente para compartir aquel hallazgo con sus compañeras. La idea de que el proceso de extinción sería más rápido de esta

forma, estalló con absoluta claridad en la mente de Eliseo. Entonces su cuerpo se contagió de aquella revelación y el joven comenzó a dar saltos de primate enajenado sobre el techo de la casa. Le siguieron unos gritos de felicidad que no logró reducir hasta que fue interceptado por la mirada atónita de algunos vecinos que muy seguramente le habrían puesto la etiqueta de loco de remate, en el mejor de los casos.

Los días que siguieron a aquel descubrimiento, Eliseo siguió metódicamente proporcionándole a los roedores su comida. Sabía —lo había leído una veintena de veces— que aunque una dosis de ese tipo de carnada no fuera mortal, como las ratas no sienten dolor ni perciben el aviso de su muerte, continuarían comiendo e invitando a otras ratas. Ya no había rencores con Javier, por el contrario, Eliseo estaba tan feliz con la empresa que había puesto en marcha que se había vuelto más hacendoso en las cosas de la casa, iba a hacer los mandados y se lo veía animado la mayoría de las veces, explicándole a su compañero los lugares por donde creía haber identificado algunas supuestas madriguera. Se cuidaba de guardar su secreto, con la esperanza de refregárselo en la cara cuando pudiera mostrarle algún cadáver descompuesto, un despojo gangrenado y peludo que dejara sellada la venganza que tanto venía buscando.

Una tarde Javier leía unos apuntes cuando escucho unos fuertes golpes en la cocina, fue a ver qué pasaba y se encontró a Eliseo golpeando con el palo de la escoba el techo, maniática y furiosamente. Su compañero le explicó, casi a los gritos (mientras seguía fustigando el cielorraso) que había descubierto que las ratas reaccionaban ante los golpes y huían hacia otro sector.

—Hay un par justo encima del tubo fluorescente, mirá como disparan —y remolinaba el palo como si fuera un detector de animales para luego asestar golpes secos— ¡ja, me tienen miedo, las puedo hacer ir para donde se me antoja!

Javier exhortó a su compañero a abandonar aquella locura, pero Eliseo frunció las cejas y desafió a su amigo:

–Si te molesta, te vas a otro lado. O yo no puedo tener mis distracciones...

–Vos sabés lo que hacés, pero tranquilo que estos techos son frágiles y se puede vencer el material.

Javier no volvió a molestar a su compañero en lo sucesivo. Y no le hubiese faltado razón para ir a escupirle un soberano insulto, porque Eliseo se había vuelto más insoportable con sus “distracciones”. Se pasaba tardes enteras corriendo por la casa, de un lado a otro, golpeando las paredes con sus puños, tamborileando con sus dedos inquietos los zócalos de madera y haciendo cualquier cosa que pudiera detectar el latido animal que vivía en el interior de esas paredes ruinosas.

En menos de dos semanas, incluso antes de que Eliseo hubiera previsto el fin de su plan, los sonidos se hicieron más espaciados y tenues y la vida que se intuía detrás de las paredes pareció apagarse definitivamente. Las paredes de la cocina ya no emitían el menor sonido y por las noches Eliseo intentó en vano percibir algo en el silencio de su cuarto. Fue así que uno de esos días, decidió ir en busca del broche de oro de su plan y se subió al techo con la idea de hallar un cadáver con el que consolidar su victoria frente a Javier. Estaba solo en casa y era un momento propicio. La tarde perezosa volcaba sus nubes compactas sobre el tejado y Eliseo quiso aprovechar antes que anocheciera para encontrar lo que buscaba. Usando un palo de escoba como herramienta, fue quebrando unas pocas tejas para encontrar alguna rata muerta. No necesitaba más que un ejemplar, un apestoso cadáver con el que pudiera humillar a su compañero. Pero no hallaba nada, la noche crecía en el cielo y Eliseo rompía tejas cada vez con más fuerza. Inútil. Ni rastro de la muerte en forma de animal. Resolvió apurar el trámite y enterró el palo diagonalmente, intentando hacer una palanca que se fuera a cargar una docena de tejas de un tirón. El palo de escoba había quedado tan clavado en las tejas que la fuerza

de sus brazos fueron insuficientes. Entonces Eliseo dio un salto y sus pies cayeron sobre la improvisada palanca, quebrando el palo e impactando fuertemente sobre el techo que se desplomó, abriéndose en forma de agujero negro que se lo devoró y lo hizo precipitarse sobre el interior de la casa. Cayó atontado por el impacto, tragando material y con la sensación de haber dado brazadas al aire en ese par de metros que lo separaban del suelo. Sintió nítidamente el “crac” de su pie derecho, se apretó el empeine y tragó el grito de sufrimiento como si pudiera contener la intensidad en el pie y no dejar que el resto del cuerpo se enterara del dolor. Se dio cuenta de que estaba en el cuarto de estudio de Javier. La poca luz que entraba por el boquete que se había originado en el techo le reveló en seguida la causa de unos constantes ruidos que empezó a sentir a su espalda. Se dio vuelta, girando sobre su propio cuerpo, sin poder levantarse, y vio diez, veinte, tal vez cincuenta ratas que se amontonaban en una especie de bola infame y peluda, mordién dose entre sí con una meticulosidad húmeda de dientes y lenguas succionadoras. Eliseo comprobó con pavor como a un costado de aquellos animales había una montaña espesa y maloliente, formada por el conjunto de sus venenos anticoagulantes. Alguno de los roedores advirtieron la presencia humana y dejaron de morderse entre sí. Eliseo vio tres o cuatro ratas que comenzaron a avanzar hacia él como disparadas por una reacción mecánica. Logró congelar los detalles en el acto: pequeñas jorobas peludas, colas largas y viboreantes, orejas lampiñas, ojos grandes y prominentes. Como pudo, se fue arrastrando hasta los roedores, y las cuatro paredes del cuarto establecieron el límite de un campo de batalla en semipenumbras.

En ese instante Javier llegó de la calle. Apenas cruzó el pasillo de entrada, escuchó los ruidos provenientes del interior de una de las salas de estudio. Se dirigió hacia el ala norte de la casa y su oreja se pegó como ventosa a la puerta de su cuarto. Escuchó los chillidos animales, encadenados y furiosos que logró distinguir de un una especie de grito gutural, desnudo de humanidad.

Reconoció a su compañero detrás de aquel alarido y lo imaginó en pose de guerrero herido arrastrándose a tientas por el suelo. Javier giró el picaporte y lo presionó con fuerza para asegurarse. Luego palpó uno de sus bolsillos a fin de comprobar que tenía la llave de la puerta. Se obsequió una risa astuta, una mueca insidiosa, cuando acarició la llave con la yema de sus dedos. No fuera a ser que Eliseo intentara abandonar su lucha en un raptó de pánico o, peor aún, tuviera la desafortunada idea de sobrevivir a medio centenar de ratas muertas de hambre.

DECISIÓN

Hubo una época en que era una cuestión matemática: cada vez que empezaba a llover me decidía a escribir.

Por supuesto que eso me motivaba y me entregaba a esa ceremonia con la misma devoción de un ateo a su agnosticismo. Sin embargo ahora es distinto, ha comenzado a llover y preferiría hacer cualquier otra cosa. Pero, por desgracia, tengo que escribir.

Afuera, el aire es una monótona cortina transparente y en el asfalto las efímeras gotas rebotan violentamente y van a morir a las cunetas. Abro hasta el tope la ventana y siento la melancólica certeza de que en otro tiempo eso hubiese significado una invitación obligada a sacar la máquina y dejar que las palabras salpicaran la hoja. Igual que afuera. ¿Qué versos indescifrables imprimirá la lluvia con ese constante borbotear? Quizás ninguno. Tal vez sólo los borre o, en una de esas, los poemas más terribles se estanquen en el barro, como diría un amigo mío, allá donde la luz se esconde por las calles de tierra.

El barro, la poesía... ¿cuál es la diferencia? El barro recubre la tierra y la poesía es la corteza subversiva de estos cuerpos sin vida, sin más pasiones que un conjunto de frases grandiosas que llenan hojas y libros con mentiras que nunca asumimos. Al menos el barro es más auténtico; se seca y vuelve a ser tierra. La poesía, en cambio, permanece bella y magnificente mientras nosotros nos secamos por dentro cobarde y rutinariamente.

Ahora parece que se largó con todo. Hace rato que un hombre con una bicicleta se refugia en el toldo de enfrente. El tipo prende un cigarrillo y mira insistentemente hacia arriba, como si buscara en esa enorme bóveda encapotada un resto de cielo claro. Mirándolo bien, no debe tener más de treinta y cinco o cuarenta años. Lleva una barba ocasional que cuelga de su cabellera crespa, y su rostro refleja cierto aspecto de pobreza decente que surge de una mirada resignada y perdida.

En este momento me distrae un auto que pasa rapidísimo, a unos 70 o 75 kilómetros. Hace tiempo que me he tomado el trabajo de calcular la velocidad de los vehículos y creo que lo hago bastante bien.

Cuando uno se ha pasado meses sin salir y la ventana es el único contacto con el mundo, todo lo que sucede allí afuera adquiere una notable dimensión. No creo, sin embargo, que alguien se preocupe por mí, no debe tener nada de extraño una casa oscura y derruida que sólo da señales de vida con un abrir y cerrar diario de ventana.

Acá, en mi pieza, todo parece haber sido devastado por una tormenta de otro tiempo. Las pilas de discos de jazz tiradas en el piso apenas me permiten caminar y, desde el rincón, una montaña de polvo parece no atreverse a tapar del todo la sonrisa de Louis Armstrong. Por lo demás... el tocadiscos hace tiempo que no gira, las botellas siguen llenas de nada y una quietud mortuoria de libros herméticos descansa sobre la biblioteca.

Ahora, el techo ha empezado a llorar la decrepitud del cuarto con una fina gotera.

Afuera está oscureciendo y la lluvia parece atenuar. La última hoja que me quedaba seguramente saldrá de la vieja Remington como un pájaro de seda.

Enciendo un cigarrillo. Creo que ya he terminado. Sólo me resta colocar el texto en un sobre y esperar que después de esta carta no se culpe a nadie.